

NECESITA EL GOBIERNO CREAR LA MISTICA DE LA REVOLUCION

Por
Argentino
D. Veras

EN ESTA etapa posterior a los sucesos que conmovieron al país, nos sentimos obligados todos los argentinos a reflexionar en profundidad. Con la necesaria objetividad que nos lleve a no revivir lo ocurrido, que ya es historia pasada, que conoce la opinión pública a través de tan diversos prismas, de toneladas de palabras que, en muchos casos, no hicieron sino confundir más que aclarar; perturbar más que tranquilizar, con intenciones ocultas que sin duda, iban orientadas a la busca de ventajas de grupos o personas.

Pensamos y escribimos asumiendo la plenipotencia del hombre común de la calle, sin vitrina pública, que trabaja afanosamente por el país. De ese hombre, de esa mujer, de ese joven que se vio envuelto en la tremenda maraña y no pudo definir, precisamente, lo que estaba ocurriendo y por qué.

Hasta los trágicos acontecimientos de Mayo, vivíamos en paz casi paradisíaca, lejos de pensar en lo que se estaba gestando. Sin darnos cuenta o tal vez pretendiendo eludir el signo de la hora que desgraciadamente castiga a todos: **La Violencia**. Esa terrible enfermedad como bien señaló un comentarista político, que se da hasta en las naciones superdesarrolladas como a diario puede comprobarse.

Pero se hace necesario diferenciar y exaltar que el drama de Biafra, la guerra de Vietnam, la lucha racial de los Estados Unidos o el estado de tremendo subdesarrollo de otros países latinoamericanos, no pueden compararse a lo que podríamos llamar "**convulsión argentina**".

Sin duda existen causas profundas que fueron detonantes de viejos descontentos. Que los problemas tienen su causa en el pasado, pero que hay que constatar su vigencia en el presente. Y aquí y ahora, esos problemas se agudizaron en buena dosis por falta de visión e incapacidad en diversas áreas del gobierno. Y también, por insensibilidad de otros sectores del país, que se resisten al cambio. A esa revolución pacífica que clamaba John Kennedy, para evitar la violenta que producirían otros.

La verdad es que a la acción disolvente y bien orquestada de los extremistas, se unieron grupos tradicionales de idiotas úti-

les —debemos insistir en este lugar común— y también jóvenes y trabajadores que hicieron oír su protesta, pero que sin duda no llevaban en su mochila la bomba de la destrucción marxista. Era otra protesta, tenía otro sentido y respondía a sentimientos nacionales. Es decir, pedían lo que consideraban justo, pero no para llegar al desborde de las pasiones y al caos.

El hombre común presiente que a esta Revolución Argentina le falta mística y que su déficit mayor, es no tratar de conseguir una imagen popular sin que ello signifique demagogia.

Comenta que la Revolución está detenida y que el único tiempo debe ser el **revolucionario**, para lo cual nació el gobierno de Onganía.

Por cierto que no quiere la vuelta del viejo y caduco rostro político del país, ni piensa en elecciones o en que se vuelva a la conspiración inspirada por ese viejo "**elenco estable**" que no tiene ya libreto ni representatividad.

Lo que sí quiere este hombre común es que obreros, estudiantes, profesionales, empresarios, intelectuales, todos, participen con mayúscula del quehacer revolucionario, más allá de la etapa de ordenamiento y estabilidad monetaria.

Y que Onganía se cuide en esta hora, sin perder un minuto, de los eternos "**tecnócratas**", siempre ajenos a la realidad de la calle y dispuestos a seguir manejando esquemas "**cortos**" con trasfondo donde se cobijan intereses "**largos**" que no son precisamente los que favorecen a la Nación. Por el contrario, son los que deterioran a la Revolución Argentina y pueden malograr su justificación histórica, llevándonos a un callejón sin salida.

Ese hombre común pide que el Presidente Onganía, como nuestros viejos gauchos acerque el oído a la tierra para saber de dónde viene el malón y, así, poder atacar contra el enemigo o los enemigos de la Revolución. Esos mismos que son los grandes hacedores de la subversión y el descontento.

Finalmente expresamos con monseñor Zaspé: "**La paz no es ausencia de tensiones; es exigencia de la justicia y fruto de la caridad. La historia no es dialéctica: es construcción y aporte**". ♦